

## Pongamos nombres al recuerdo

Saul Friedländer

Saul Friedländer es profesor de Historia de las Universidades de Tel Aviv y Los Ángeles. En 1998 recibió el premio Hermanos Scholl con motivo de la publicación de su libro *Das Dritte Reich und die Juden. Die Jahre der Verfolgung, 1933-1939*. El autor pronunció el discurso aquí reproducido en el acto de recepción de dicho premio

Permítanme que comience diciendo que es un gran honor para mí ser galardonado con el Premio Hermanos Scholl este año, y no sólo por la importancia que este premio reviste en sí, sino también, como fácilmente puede imaginarse, a causa de los nombres a que está vinculado. Hans y Sophie Scholl y su círculo se cuentan entre los pocos mártires auténticos de la resistencia antinazi en Alemania. Esta resistencia suya empezó mucho antes que la de los demás; no disponían de ningún medio de poder y no pertenecían a ninguna organización política o militar que hubiera podido garantizar que sus iniciativas tuvieran un cierto éxito. Actuaban sin la más mínima perspectiva de llegar a realizar unos objetivos políticos concretos, y cuanto más amplio se hacía su radio de acción, mayores eran las probabilidades de que los atraparan. Al iniciar su última acción de resistencia ya intuían probablemente que les llevaría hacia su detención y hacia su muerte. Los hermanos Scholl eran lo mejor que tuvo Alemania en la época más oscura y ominosa de su historia.

He de confesar que hacía por lo menos treinta años que no había vuelto a leer las octavillas de la Rosa Blanca ①. Pero durante las últimas tres semanas estas pocas hojas han vuelto a cautivar-me. Lo que admiro no es solamente el valor que demostraron los hermanos y su diminuto círculo; es también su disposición incondicional, nacida de un ímpetu casi exclusivamente moral, de enfrentarse a la alta probabilidad de fracasar y de morir. A diferencia de los miembros de la Resistencia en los países europeos ocupados por Alemania, los Scholl no podían contar con el apoyo tácito o activo de centenares de miles de compatriotas; ellos más bien actuaban contra las convicciones o contra la indiferencia de la inmensa mayoría de su propia nación.

Como tantos otros, tampoco yo puedo eludir hacerme la siguiente pregunta: si yo hubiera vivido como persona adulta bajo el régimen de los nacionalsocialistas, ¿habría tenido el valor de obrar igual que los hermanos Scholl? Viviendo como judío en uno de los guetos, en una situación casi sin salida por lo tanto, me habría sido posible integrarme en un movimiento clandestino. Que me hubiera convertido en miembro de un movimiento de resistencia nacional no sólo me parece concebible, sino probable. Pero el heroísmo solitario de los hermanos Scholl presupone un rigor moral muy distinto, una fuerza que, a excepción de ellos, no tenía casi nadie en Alemania, ni en otra parte.

Poco después de la guerra leí un libro que entonces me impresionó mucho: *Le Livre du Courage et de la Peur*; del coronel Remis. Daba la impresión de que, en la Francia ocupada, el número de los héroes había sido muy alto, y el de los cobardes, muy bajo. El mensaje de las películas francesas que se rodaron en esa época sobre la *Résistance* era el mismo. Una película suiza que vi entonces hasta glorificaba la actitud heroica que tuvo ese país durante los años de la guerra. *La dernière chance* cuenta la historia de un grupo de judíos que en 1942 huye atravesando los Alpes y, tras vivir penalidades y peligros extremos, por fin llega al territorio seguro de Suiza, cuyos guardias fronterizos los reciben con brazos protectores y abiertos...

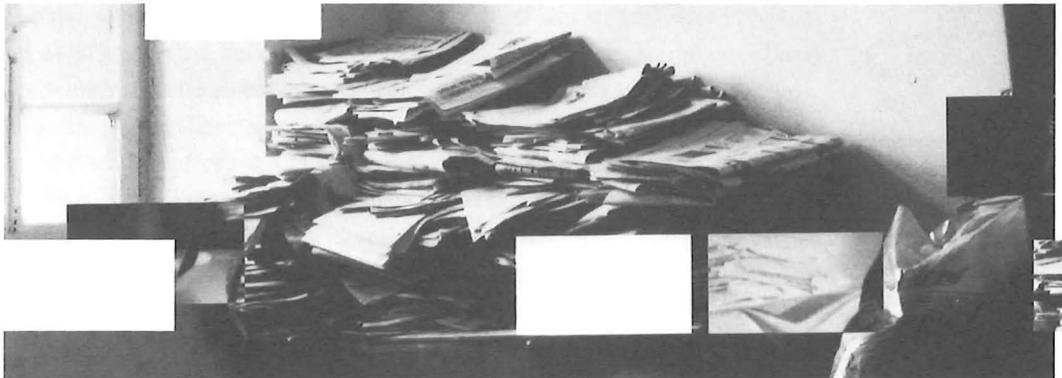
Después de la guerra, los franceses necesitaron más de veinte años para llegar a rodar y exhibir una película como *Le Chagrin et la Pitié* que, por primera vez, desmitificaba la leyenda nacional

① La *Weißerose* (Rosa Blanca) fue la organización clandestina que formaron los hermanos Scholl y su círculo (N. de la T.).

que habían cultivado por igual gaullistas y comunistas (y, de hecho, aceptada de buena gana por la gran mayoría de los franceses). Pero la televisión tardó otros veinte años más en pasar esta película. Cuesta mucho cuestionar un mito nacional si ello pone en juego la dignidad colectiva o si puede suscitar sentimientos de vergüenza colectiva. Después de la Segunda Guerra Mundial, el mito y el olvido fueron los dos sedantes más acreditados en todos los países occidentales. Pero de modo sorprendente y paradójico, a pesar de las resistencias que se oponen a la desmitificación, con el tiempo va abriéndose paso, cada vez más, la cruda verdad sobre este pasado, un pasado que se ha vuelto más presente que nunca. Se trata de un fenómeno complejo que, sin lugar a dudas, merece una reflexión más profunda. Dentro del contexto alemán, hace poco ha sido Martin Walser quien se ha ocupado de este tema en un discurso que ahora ya se ha hecho célebre.

En opinión de Walser, este pasado se ha hecho cada vez más apremiante en el transcurso de la última década. Creo que se trata de una apreciación cierta, como ya he apuntado. Pero en oposición a lo que Walser, al parecer, quería decir en su discurso, quisiera expresar mis dudas en lo tocante a la tesis según la cual la creciente presencia de la época nazi en la conciencia de nuestros contemporáneos se debe sobre todo a una supuesta instrumentalización política y mediática, a una celebración ritual mecánica o a una corrección política de algún modo obligatoria.

Esther Shalev-Gerz  
Irréparable 18  
(Interior), 1993



Aunque es cierto que todos estos elementos existen, dudo mucho que haya una persona o un grupo capaz de manipular la memoria pública durante algo más que períodos muy limitados.

Si es que existe una instrumentalización política o comercial del holocausto, entonces explota algo independiente de ella; no puede ser la fuerza motriz que ha puesto en marcha este proceso, como tampoco puede influir significativamente en él. La mejor prueba para demostrarlo es el hecho de que este pasado ha ido situándose en el centro de atención no sólo en Alemania, ni tampoco sólo entre los judíos, sino también en Holanda, Francia, Italia, Suiza así como, progresivamente, también en Gran Bretaña. Lo mismo se puede afirmar de los Estados Unidos, como es natural. Para las iglesias cristianas, el pasado nacionalsocialista se ha convertido igualmente en un tema de primer plano. En la Iglesia católica, por ejemplo, la declaración que el Vaticano publicó el año pasado sobre la Shoah ha suscitado muchas preguntas, como también la reciente canonización de Edith Stein.

A menudo suele indicarse como causa posible del inesperado emerger de la memoria el hecho de que se han sucedido ya dos generaciones desde que terminó la Segunda Guerra Mundial; según esta línea de argumentación solamente ahora, cuando ya ha transcurrido el tiempo suficiente, los afectados son capaces de encararse con lo peor.

Pero este razonamiento podría ocultar otras cosas. En el imaginario de Occidente (y tal vez más allá), el nacionalsocialismo, con todo lo que ha representado y cometido –el exterminio de los

judíos, en primer lugar–, a lo largo de las décadas se ha convertido en la encarnación del mal, y Auschwitz, en la metáfora central del mal en nuestro tiempo. También podríamos formularlo así: en nuestro siglo de genocidios y de masacres masivas, mucha gente percibe el exterminio de los judíos europeos y los restantes crímenes cometidos por el régimen hitleriano como el mal absoluto, un punto de referencia a partir del cual se pueden medir todos los grados del mal.

La idea del nazismo como la manifestación del «mal radical» en la historia ya se había artículado con insistencia en los años de guerra, y no sólo entre las víctimas judías, sino también en algunos círculos cristianos. Tal vez fue en las octavillas del grupo de la Rosa Blanca donde esta interpretación halló su expresión más elocuente. Visto que, después de la guerra, han tenido lugar más masacres –pensemos sólo en los crímenes cometidos por el sistema soviético, que ya no niega nadie–, podríamos suponer que las conciencias de nuestros contemporáneos han configurado diferentes metáforas del mal. Pero parece que más bien se ha consolidado la posición del nazismo en esta escala de los horrores. Cuando se dio la noticia de la muerte de Pol Pot, se pudieron leer algunos comentarios sobre los «campos de la muerte» de los jemeres rojos, pero no mucho más. Unos manifestantes que exhibiesen banderas rojas y retratos de Stalin, fuera de Rusia, probablemente llamarían la atención y serían motivo de disgusto. Unos manifestantes que llevasen retratos de Hitler y banderas con la cruz gamada provocarían auténticos alborotos. Estudios recientes han mostrado el vertical ascenso y la caída en picado del nombre Adolf en Alemania. Estoy convencido de que, si la investigación hubiese abarcado todo el mundo occidental, habría demostrado la cuasi desaparición de este nombre que debe de seguir siendo aceptado, como mucho, en círculos políticos marginales de ultraderecha. En mi opinión, nos hallamos aquí ante un ejemplo bastante único de la desaparición de un nombre por motivos morales.

*En nuestro siglo  
de genocidios  
mucha gente  
percibe el  
régimen hitleriano  
como el mal  
absoluto.*

Aquí no nos interesa una definición teológica o filosófica del mal, sino su percepción por parte de la conciencia general. A los ojos de la mayoría de las personas, el grado del mal aumenta con la magnitud del crimen, con la naturaleza de la intención criminal y con la ausencia de sentimientos de culpa. No es difícil demostrar –y no es este el momento ni el lugar indicados para hacerlo– que el nazismo ha llegado al límite más extremo en relación con cada uno de estos criterios, a un límite imposible de superar.

Esta particular «posición histórica» del nacionalsocialismo explica en buena parte la presencia continuada del pasado nazi. No hace falta discutir aquí si además, y aparte del ya mencionado factor generacional, puede haber otras razones culturales que expliquen el interés permanente por este tema, como el distanciamiento respecto de las ideas de progreso y de los ideales de la Ilustración. La quintaesencia de mis reflexiones es que no hay gurús mediáticos ni intelectuales ni grupos organizados capaces de controlar y manipular a largo plazo la presencia de este pasado, su perentoriedad candente (o también su eventual desvanecimiento). La evolución de la que se queja Walser es más bien un proceso profundo no dirigido, y no el resultado de maquinaciones arbitrarias de quien quiera que sea.

Esto me lleva al punto decisivo, a lo que, a mi parecer, constituye el núcleo de la tesis walseriana: su percepción de una fijación cuasi forzosa de los alemanes en el tema del holocausto, convertido en una especie de lección moral obligatoria suministrada a través de las presentaciones mediáticas, los debates intelectuales y los proyectos conmemorativos como el planeado monumento dedicado al holocausto en Berlín, del que Walser afirma que encarna una «monumentalización de la vergüenza» en el corazón de la capital alemana. Pero Walser procede a formulaciones incluso más contundentes todavía al declarar que todo alemán que se negara a cumplir con este tipo de obligaciones morales acordadas tácitamente, se vuelve sospechoso. «Pero ¿de qué es sospechoso

alguien» –pregunta Walser retóricamente– «que afirme que los alemanes ahora son una nación normal, una sociedad como cualquier otra?»

Comentaré a continuación este interrogante planteado por Walser, pero antes me permitiré una pequeña observación: ¿no es curioso que un público que hace tan sólo dos años aclamaba a Daniel Goldhagen ahora aplauda a Martin Walser? Se trata de posiciones diametralmente opuestas. ¿Es esto indicio de una ruptura generacional o de una confusión permanente?

En cuanto a la pregunta de Walser, mi respuesta es la siguiente:

Los alemanes *son* una nación normal ahora, una sociedad como cualquier otra. Al afirmar tal cosa, nadie debería hacerse sospechoso de nada, ni lo sería. Pero, ¿es que una sociedad normal ha de ser una sociedad sin memoria, una sociedad que rehuya el duelo, que vuelva la espalda al propio pasado para vivir ya sólo para el presente y el futuro? Supongo que no es esto lo que Walser quería sugerir. Pero hay un aspecto en el asunto que me obliga a hacer algunas consideraciones más.

Tradicionalmente, toda sociedad recuerda a *sus* héroes y a *sus* muertos, incluyendo las víctimas de guerra, aun si se trata de guerras con cuyos objetivos uno no pueda identificarse. El muro de Arlington, que recuerda a los caídos norteamericanos en la guerra del Vietnam, es el impresionante ejemplo más reciente de un monumento conmemorativo de este tipo. Pero los exterminios practicados por los nazis no tenían nada que ver con las guerras habituales, fueran éstas justas o injustas. Por primera vez en la historia contemporánea, una sociedad no puede recordar sin más a sus muertos sin dar un paso más allá del sentimiento nacional tradicional.



¿No sería lógico entonces concluir que, en este caso muy especial, deberían aplicarse también otras reglas distintas a las habituales? ¿No sería histórica y socialmente comprensible y necesario que una sociedad completamente normal conmemore un pasado completamente anormal de un modo extraordinario? O, dicho de otra manera, ¿por qué no habría de sentir la muerte de las víctimas de su propia política una sociedad completamente normal cuando se enfrenta con este pasado tan poco habitual? Ello no significa, desde luego, que cada individuo, cada familia o cada comunidad local no pueda llorar a sus *propios* muertos, a unos seres humanos que mayoritariamente estaban implicados todo lo más de forma indirecta en los crímenes cometidos por el régimen. Sí que significa, en cambio, que el duelo individual, familiar o local por los respectivos muertos tiene que diferenciarse de los rituales conmemorativos celebrados por la sociedad en su conjunto, en su condición de unidad histórica íntegra, colectiva.

Lo que hay que decidir es *cómo* se quiere recordar, y en el caso del monumento conmemorativo previsto para Berlín hay distintas y complicadas alternativas para elegir, como es bien sabido. Tomar esta decisión es, sin lugar a dudas, asunto de los alemanes y no de un espectador cualquiera. Por otra parte, la vida pública alemana ha venido demostrando en los últimos diez años que le importa intercambiar con otros sus reflexiones sobre este tema, de modo que espero que no se vea

fuera de lugar el que, para concluir mi exposición, me permita hacer algunos comentarios sobre el monumento conmemorativo del holocausto, partiendo, sobre todo, de las declaraciones de Walser.

MartinWalser se opone a la instalación de un lugar monumental que recuerde la «vergüenza nacional» en el corazón de Berlín. Pero ¿es realmente imprescindible que este lugar tenga dimensiones monumentales, que añada más heridas a las ya existentes? Partiendo de la experiencia histórica con este pasado, quisiera dejar constancia de una cosa: la ausencia de un monumento conmemorativo dejará un vacío que sería una fuente permanente de debates más crudos aún que la discusión sobre el monumento conmemorativo. Lo que me interesa aquí no es una propuesta concreta, sino la determinación de unos elementos que deberían tenerse en cuenta al planear un monumento de estas características. Debería apelar tanto al intelecto como a las emociones, si es que ha de tener significado también para las generaciones venideras. Por eso no debería ser un monumento demasiado abstracto, ni tampoco un centro de investigación, que sólo se diriga al intelecto.

Tal vez el muro conmemorativo de Arlington pueda señalar un camino para hallar una solu-

ción a este problema. Sé que la propuesta de una lápida con los nombres formaba parte de la discusión desde el principio. Pero no hace falta que se trate de una lápida monumental con centenares de miles o millones de nombres. Habría que hacer una selección que fuese representativa de países, regiones, comunidades locales. Pero habría que añadirle otro elemento esencial. Algunos de ustedes quizás conozcan el libro que Serge Klarsfeld ha compilado en memoria de unos dos mil niños judíos deportados de Francia. Contiene no sólo los nombres de estos niños, sino también deta-



lles biográficos y fotografías de cada uno de ellos. El libro causa un impacto extraordinario en el lector precisamente porque hay tan poco que se pueda decir sobre unas vidas que han encontrado un final violento en un momento tan temprano, sobre unos niños que han sido asesinados a la edad de tres o cinco o doce años. En el caso de que la decisión se tome a favor de un muro o de una lápida de piedra o de acero con los nombres de las víctimas grabados, ¿no podría optarse por seleccionar los nombres de niños asesinados, complementados con los pocos datos biográficos que haya de cada uno de ellos? Esta restricción a los niños –es decir, al símbolo de la inocencia–, no pretende de ningún modo ser un medio barato para atizar emociones, sino que quisiera impulsar a las futuras generaciones a acercarse a los acontecimientos partiendo de sus aberraciones más extremas.

¿No podríamos imaginarnos que, algún día, los niños alemanes que se parasen ante un muro o una lápida de este tipo se preguntaran: por qué tuvo que morir este niño con tan sólo siete años, por qué aquel otro con tres? ¿Por qué fueron deportados esos niños de la isla de Rodas, por qué esos otros de Noruega, de Varsovia, de casi todos los países europeos, de Berlín, Düsseldorf, Colonia o Munich para ser asesinados en lugares tan lejanos de sus hogares? Un monumento de estas características, ¿sería un permanente «monumento de la vergüenza nacional» o no haría más bien sonar –parafraseando a Thomas Laqueur– unas voces que dicen nombres?

¿No sería imaginable que, en el futuro, los niños que se parasen ante un monumento de este tipo no sólo indagaran en los muertos y en la causa de su muerte, sino que también quisieran saber si hubo alemanes que trataron de ayudar, de oponerse, de ofrecer resistencia? Se les contestaría que solamente unos pocos trataron de ayudar, de oponerse y de ofrecer resistencia arriesgando sus vidas, pero que, a pesar de todo, existió «otra Alemania» y que sus más heroicos mártires fueron Hans y Sophie Scholl.

■ Traducción de Heike van Lawick

Monumento conmemorativo de los diputados del Reichstag asesinados por los nazis.